**DOMINGO DEL BAUTISMO DEL SEÑOR**

Con este domingo se cierra el tiempo de Navidad. Hace poquitos días celebramos el día en que los magos se acercaron a adorar al Niño Jesús en el pesebre. Y hoy, aparece este mismo Jesús ya grande, en el Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista. El evangelio de Marcos nos narra este hecho de una manera muy sintética y simple. El texto comienza justamente con las palabras de Juan el Bautista quien asegura que él bautiza con agua pero Jesús bautizará con el Espíritu Santo. La misión de Juan el Bautista era preceder a Jesús y preparar el camino para el Mesías esperado. Por eso, a partir del Bautismo de Jesús, podría decirse que la misión de Juan estaría ya cumplida. Él mismo dirá que no es a él a quien deben seguir sino a Jesús. Por eso el Bautismo marca el inicio de la vida pública de Jesús: con sus prédicas y milagros. Por supuesto que este Bautismo es un poco particular, porque Jesús no tiene necesidad de recibirlo ya que Él es el mismo Dios; no necesita ser purificado porque Él es quien purifica a los hombres. Entonces ¿cuál es el sentido de este Bautismo? Es un signo de la manifestación concreta de la Santísima Trinidad por medio de: la voz del Padre, el Hijo que es bautizado, y el Espíritu Santo que desciende como paloma.

El texto no dice si Juan y los que estaban ahí vieron cómo descendía la paloma desde el cielo que se abría. Tampoco dice si escucharon lo que el Padre decía: “Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección”. Pero si Marcos lo cuenta, es porque hubo testigos que vieron y escucharon. Entonces lo importante de este Bautismo es que Dios Padre habla directamente y dice que Él es el Padre de Jesús. Lo dice abiertamente: hijo muy querido y predilecto. Es como cuando un papá se siente orgulloso de su hijo y lo cuenta a sus amigos. Cuando el Padre dice que este es su hijo muy querido, habla del amor que le tiene. No cuenta nada del hijo; no habla sobre sus dones, sobre sus logros, sobre sus virtudes. Sólo dice que lo ama y que tiene puesta en él toda su predilección. Me pregunto: ¿qué habrá sentido Jesús en ese momento cuando su papá le dice que lo ama?

En este texto, el Padre habla con Jesús, no habla con el resto, pero habla públicamente de tal modo que los demás escuchasen este testimonio. Si no me equivoco, es el único momento en el evangelio en el cual el Padre habla abierta y directamente. Los que estuvieron ahí y escucharon ¿creyeron que era Dios quien hablaba? ¿Se habrían preguntado por qué Dios eligió ese día y no otro para hablar? Cuántos en ese momento decidieron ir al Jordán para ser bautizados por Juan, y dejaron su trabajo o sus quehaceres sin saber que iban a ser testigos de este gran momento: escuchar nada más y nada menos que la voz de Dios. ¿Qué habrá sentido Juan cuando escuchó esa voz? ¿Qué percibieron los que estaban ahí: cómo escucharon esa voz? Era la voz de Dios, no era un sueño ni una imaginación. No era un show programado para espectadores: era un momento fuerte y vital. Dios no es mudo; a veces hace silencios prolongados, pero habla a los hombres. Como le habló también a Moisés en el Sinaí.

¿Realmente creemos que Dios habla? ¿O será que hemos perdido la capacidad de escuchar la voz de Dios? Porque para escuchar otras cosas estamos al día. Escuchamos tantas pero tantas voces por día, que llega un momento en que el oído se satura y necesita silencio. A veces pienso que el aturdimiento de todo lo que sucede hoy nos ha dejado sordos sin darnos cuenta. El tema es que somos hijos de Dios: ¿por qué entonces nos cuesta escuchar a nuestro Padre? ¿O será que no creemos que es realmente Padre? O será que a Dios lo hemos colocado en un lugar extremadamente ajeno y lejano a nuestras vidas que pareciera no existir un diálogo verdadero. Pareciera que hemos perdido el sentido de la simpleza o que necesitamos muchos incentivos para dialogar con Dios. Y eso que en el bautismo hemos recibido el signo del “efeta” en nuestros oídos justamente para escuchar la voz de Dios. Por ejemplo: para vivir la Navidad parece que necesitamos de luces, músicas, festejos y comidas, cuando en realidad sólo basta mirar al Niño y hablarle. En síntesis, el evangelio de hoy nos está marcando una clave: Dios se sigue manifestando a la humanidad y sigue hablando. En el Evangelio, las personas más sencillas son las que logran escuchar a Dios. Los que están subidos en el pedestal de sus logros y vanidades, difícilmente pueden escuchar la voz de Dios, ya que sólo se escuchan a sí mismos. Hay que abajarse como Juan el Bautista, no para ser humillados. Dios no busca humillar a sus hijos. Hay que abajarse como quien se concentra en lo esencial, como quien capta que lo necesario para ir al cielo lo tenemos pero que lo podemos perder por rivalidades y egoísmos.